



Llamados, es decir, enviados: el inicio de la misión

**Apuntes de las intervenciones de Francesco Cassese y Davide Proserpi
en la Jornada de apertura de curso de los adultos de Comunión y Liberación de Lombardía**

Unipol Forum, Assago (Milán) y en conexión por video, 21 de septiembre de 2024

Llamados, es decir, enviados: el inicio de la misión

Apuntes de las intervenciones de Francesco Cassese y Davide Proserpi en la Jornada de apertura de curso de los adultos de Comunión y Liberación de Lombardía

Unipol Forum, Assago (Milán) y en conexión por video, 21 de septiembre de 2024

Davide Proserpi

Dice don Giussani en el libro *Una rivoluzione di sé*: «La salvación ya ha acontecido con la resurrección de Cristo; este es el centro de la fe, este es el eje de todo, porque es un hecho. La salvación ya está, pero se hace clamorosa a través de nuestra comunión»¹.

Encomendamos este momento y el curso que empieza al Espíritu Santo, para que su voz no deje de donarnos nunca la gracia de estar en comunión con Cristo en todo instante y lugar.

Desciende, Santo Espíritu

Francesco Cassese

Bienvenidos y gracias por estar aquí. Saludo a las diez mil personas presentes aquí en Assago y también a las casi 4.500 conectadas desde otras seis ciudades lombardas. En los próximos días habrá otras 26 Jornadas de inicio en las distintas regiones italianas y 141 en el extranjero, en 73 países.

Para empezar, quisiera recoger los pasos que hemos dado el año pasado – un año muy intenso, que personalmente agradezco mucho a Dios.

Pero antes de eso, quiero compartir un episodio personal de hace casi diez años que me ha ayudado a pensar en el camino que hemos hecho y en el que queda por hacer. Estaba de viaje de trabajo en París y me quedé a pasar el fin de semana con una familia de amigos del movimiento. Dormí en su casa. Me dejaron una habitación donde había una puerta con

un cristal por el que se veía lo que había fuera. Por la mañana, al levantarse, su hija se puso a rascar el cristal y a llamarme. Me desperté con esa dulzura de niña diciendo mi nombre y se me sobresaltó el corazón, pensaba: «¡Madre mía! Si pudiera despertarme así todos los días, ¡mi vida se transformaría!». Ese fue mi primer pensamiento. E inmediatamente después pensé en la campana de mi casa, que suena por la mañana temprano para el rezo de laudes. «Para mí la campana es como esta niña –me dije–, es Alguien que me llama por mi nombre, ¡Alguien que me convoca!». ¿Es mi imaginación? No, es toda mi historia la que me lleva a decir: «Si no hubiera sido por esta Presencia, una presencia real, no habría entrado en el movimiento, no habría entrado en los *Memores Domini*, en definitiva, no estaría aquí». Desde ese día todo cambió. Cuando oigo el sonido de la campana por la mañana, es un signo. Antes no lo era, me decía poco, pero ahora ese sonido me recuerda todos los días que mi vida consiste en Alguien que me llama y que espera mi sí. Esa relación continua es lo que mantiene despierta mi mente y mi corazón.

Por este motivo, los hechos a los que vuelvo ahora, los pasos que hemos dado este año, para mí no son simplemente cosas que nos han pasado. Desde el primer momento, con esa inmediatez que es fruto de una educación, los he vivido como la voz de la presencia viva del Señor. Voy a recorrer las tres etapas fundamentales del camino propuesto y sus frutos. Un camino que, en un momento dado, ha recibido una luz nueva con la

¹ Cf. L. Giussani, *Una rivoluzione di sé. La vita come comunione (1968-1970)*, Rizzoli, Milán 2024, p. 70.

apertura de la fase testimonial de la causa de beatificación de don Giussani, el pasado 9 de mayo².

¿Qué pasos son?

1. La mirada de la fe

Todos tenemos en mente las palabras que nos dirigió el papa Francisco: «Queridos amigos, tened en el corazón el don valioso de vuestro carisma y la Fraternidad que lo custodia, porque este puede hacer “florecer” todavía mil vidas [...]. El potencial de vuestro carisma está todavía en gran parte por descubrir»³. Pero pienso también en la invitación del cardenal Farrell: «¿Vosotros queréis ser este factor de renovación, contribuir a ser este factor de renovación desde dentro de toda la experiencia eclesial, aportando lo que sois?»⁴. Pues bien, yo recibí esta invitación como si se dirigiera a mí, personalmente: «¿Tú quieres ser este factor de renovación?». Siguiendo esta invitación, en la Jornada de apertura del curso pasado nos centramos sobre todo en dos categorías: la de «experiencia» en general –para evitar el riesgo siempre al acecho de reducciones subjetivas o sentimentales– y en la de «experiencia cristiana», subrayando sus tres factores esenciales: 1) el encuentro con un Hecho objetivo (comunidad y autoridad), 2) el reconocimiento del significado de ese Hecho (la gracia de la fe), 3) la conciencia de la correspondencia entre el Hecho –mediante el encuentro con la realidad cristiana y eclesial– y la propia persona (la verificación). Sin uno u otro de estos factores –decíamos– no se puede hablar de «experiencia cristiana».

Después subrayamos que la fe conduce a un nivel de experiencia –de comprensión, de agudeza y gusto por las cosas– que no se puede comparar con las posibilidades que ofrecen nuestras capacidades por sí solas, con las posibilidades de nuestro sentimiento o ímpetu religioso natural.

2. Cuidado de la unidad, custodia del carisma: comunión, obediencia y seguimiento

El 30 de enero, como recordaréis, el Santo Padre envió a Davide y a todo el movimiento una carta,

breve pero muy densa, realizando un gesto de gran paternidad y estima. La unidad y la obediencia eran los aspectos centrales de la carta. Les recomiendo, nos decía el Papa, «que cuiden la unidad entre ustedes. En efecto, solo ella, siguiendo a los pastores de la Iglesia, podrá custodiar en el tiempo la fecundidad del carisma que el Espíritu Santo donó a don Giussani». Luego concluía con una invitación sincera «a seguir el camino emprendido, bajo la guía de la Iglesia, y a colaborar con disponibilidad y lealtad con los que están llamados a guiar el movimiento. Solo esta obediencia, continuamente redescubierta y alimentada, podrá asegurar una experiencia cada vez más rica de vida cristiana entre ustedes y la renovación de su presencia en el mundo para el bien de toda la Iglesia»⁵.

Giussani siempre destacó el valor ontológico-sacramental de la unidad como signo supremo de la presencia de Cristo en la historia: «Cristo sigue presente en el mundo y en la historia, y lo estará hasta el final de los tiempos a través de la unidad de aquellos a los que él aferra e incorpora a Su persona»⁶.

Justo en esos mismos meses –me llama la atención esa coincidencia– salió el libro que narra la vida de nuestro amigo Andrés Aziani. Un libro plagado de indicaciones de Andrés y de don Giussani sobre la importancia de la unidad. Leo una cita que recuerda la marcha de Andrés y varios amigos universitarios a Siena: «En junio de 1976 don Giussani le pidió a Andrés que se trasladara a la ciudad toscana [Siena]; lo mismo que le propuso en distintas conversaciones a otros tres universitarios, Gian Corrado Peluso (Dado), de la Católica, Lorenza Violini y Ornella Milan, de la Estatal, que aceptaron con entusiasmo. Antes de la partida, Giussani les dijo: “Lo importante es que estéis unidos entre vosotros, lo que tenga que nacer nacerá de vuestra unidad”». Más adelante, en la misma página: «Don Giussani nos había dicho: “No me importa cuánta gente consigáis reunir, solo me interesa la unidad y la amistad entre vosotros, el ámbito de una amistad que se interesa por el destino de cada uno de vosotros, y todo lo demás vendrá por añadidura”»⁷.

² Cf. M. Delpini, «Don Giussani. La fascinación del carisma», 10 de mayo de 2024, *clonline.org*.

³ Francisco, «Que arda en vuestros corazones esta santa inquietud profética y misionera», supl. *Huellas*, n. 10/2022, pp. 14, 15.

⁴ K. Farrell citado por D. Prosperi, «Saludo introductorio», en M.-G. Lepori, «Cristo, vida de la vida», p. 8.

⁵ Francisco, «El Papa a CL: “Custodiar la unidad”», carta del 30 de enero de 2024 a Davide Prosperi, 1 de febrero de 2024, *clonline.org*.

⁶ L. Giussani, «El cristianismo como acontecimiento hoy», *Huellas*, n. 2/2024, p. 35.

⁷ G. Mereghetti – G.C. Peluso, *Andrés Aziani, fiebre de vida*, Encuentro, Madrid 2023, pp. 42-43.

Así pues, «la objetividad de Su presencia está salvada y garantizada justamente por esa unidad»⁸, cuya realidad total se llama «Iglesia». «E igual que entonces quien lo siguió se hizo cristiano y cambió, ahora es cristiano y cambia, cambia humanamente, quien sigue esta unidad, a la que Cristo ha dado un signo de objetividad absoluta, que es el obispo de Roma, la cabeza de la comunidad de Roma»⁹. Y lo que es verdad para la realidad de la Iglesia también es verdad –análogamente– para nuestra compañía. Es decir, no hay unidad sin autoridad, sin el signo objetivo de la autoridad. «No es un tema entre otros –dice Giussani en *Una rivoluzione di sé*– sino “el” tema, el que asegura la continuidad de nuestra amistad y la posibilidad de ponerla en acto»¹⁰.

Durante el encuentro que tuvo lugar en febrero con los responsables de CL sobre la carta del papa Francisco, al detenernos sobre la cuestión de la «guía en comunión», subrayábamos también que si bien seguimos en último término a una persona, esa persona no es expresión de sí misma, ni siquiera de lo que ella siente o piensa, de su interpretación de las cosas o del carisma, sino de una comunión¹¹.

3. Presencia: juicio y cultura nueva

Tomando en serio lo que nos decía el Papa en 2022 cuando hablaba de un «empobrecimiento en la presencia»¹², el tercer paso se refiere justamente a la presencia, en sus dimensiones fundamentales de cultura, caridad y misión, que incluye también las obras. Hemos empezado por la cultura. Me referiré concretamente al texto del encuentro de Davide con la Asociación italiana de centros culturales. Desde los inicios de GS, Giussani propone la fe como fuente de una forma nueva de mirar, concebir y afrontar todos los problemas de la existencia, la sociedad, la historia, la política, es decir, una fuente de «juicio sobre el mundo», que significa el «comienzo de una cultura diferente»¹³. Esto es lo que hemos intentado hacer, aunque sea en una fase inicial y de una forma ciertamente mejorable pero con convicción, con algunos de los últimos números de *Huellas*, dedicados al afecto, al final de la vida, a la Inteligencia Artifi-

cial. Así la cultura se convierte, al mismo tiempo, en verificación de la fe y comunicación de la novedad y belleza de Cristo en el mundo.

En el encuentro con los centros culturales se señalaba también que la belleza de Cristo corresponde con el corazón, sí, pero eso no significa que esté de acuerdo con todo lo que pensamos normalmente, con nuestras medidas, nuestras presunciones, nuestros cálculos, nuestra voluntad de poder y la del mundo, porque la mentalidad del mundo nos invade, no es ajena a nosotros. ¿Qué suele llamar la atención de los que nos miran desde fuera, los que encuentran o escuchan algo del movimiento? ¿Qué sorprende a los que participan en el Meeting, por ejemplo? La capacidad de ser y decir algo original, algo distinto en comparación con el clima en que vivimos inmersos.

Hoy, partiendo de nuestra fe, del encuentro que ha marcado nuestra vida, nos vemos interpelados por muchas cuestiones que Giussani o la propia Iglesia no han tenido que afrontar en esos mismos términos. La aventura del juicio, de la cultura, es propia en efecto del testimonio cristiano, es una dimensión irrenunciable de nuestra experiencia y de nuestra presencia en el mundo. Su aparición puede suscitar oposición, puede provocar incompreensión, pero también puede llegar a ser una ocasión de encuentro para muchos y ofrecer a su corazón herido y sediento –igual que el nuestro– la perspectiva y el camino de la “diferencia”, de la belleza de Cristo, de la esperanza que es Cristo.

Llegados a este punto, me pregunto ahora, y te pregunto: ¿qué se nos pide hoy? ¿Qué nuevo paso crees que es necesario en nuestro camino?

Prosperi

Para responder, empiezo señalando que si el año pasado dijimos que la primera razón fundamental por la que existe el movimiento es una educación en la fe cristiana –para vivir la vida como vocación; hemos sido elegidos, llamados por Otro–, el nuevo paso que queremos dar este curso se centra en la segunda dimensión de nuestra tarea histórica dentro de la vida de la Iglesia y en el mundo: comunicar a

⁸ L. Giussani, «El cristianismo como acontecimiento hoy», op. cit., p. 35.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Cf. L. Giussani, *Una rivoluzione di sé*, op. cit., p. 201.

¹¹ Cf. «La carta del Papa: el camino a seguir», 7 de marzo de 2024, *clonline.org*, p. 10.

¹² Francisco, «Que arda en vuestros corazones...», op. cit., p. 10.

¹³ Cf. L. Giussani, *Una rivoluzione di sé*, op. cit., p. 135.

todos el contenido de nuestra fe. Es decir, debemos tomar conciencia de que hemos sido llamados para una tarea.

Ser llamados coincide con ser enviados, sin solución de continuidad. De ahí el título de esta Jornada, «Llamados, es decir, enviados: el inicio de la misión». Se trata de la *misión*, siguiendo lo que nos decía el Papa: «Que arda en vuestros corazones esta santa inquietud profética y misionera». Y antes de dirigirnos estas palabras, afirmaba: «son tiempos de renovación y relanzamiento misionero a la luz del momento eclesial actual, así como también de las necesidades, sufrimientos y esperanzas de la humanidad contemporánea»¹⁴.

1. CRISTO ES «EL» ENVIADO DEL PADRE Y NOS INVOLUCRA EN SU MISIÓN

Dice Giussani: «La gran llamada [...] que Dios ha llevado a cabo para cumplir su designio en el mundo es la llamada de Cristo», que lo abarca todo y lo explica todo; la elección de Cristo coincide de hecho «con su misión de hacer visible el plan misterioso del Padre acerca de todas las cosas. [...] Si un hombre cualquiera que hubiera vivido en los tiempos de Cristo, tras conocerle, le hubiera dirigido la pregunta: “Pero ¿tú quién eres? ¿Cuál es tu nombre?”, Jesús habría podido responder: “Yo soy el enviado del Padre”»¹⁵. Cada expresión, cada gesto, cada mirada de Jesús refleja esta conciencia Suya de ser el enviado del Padre. Cristo es por tanto el primer sujeto de la misión, y Su misión consiste en hacer visible el designio y el amor del Padre, en testimoniar su relación con el Padre, en comunicar a los hombres y mujeres de su tiempo y de todos los tiempos, amándolos, ese amor del Padre que Lo genera constantemente.

No solo eso; Cristo involucra en su misión a los “suyos” y a todos los que crean en su palabra, llegando hasta nosotros. «Como tú [Padre] me envías al mundo, así yo los envío también al mundo»¹⁶. También nosotros, igual que los primeros, somos llamados, es decir, enviados. «Mateo, sígueme»¹⁷. Que

cada cual ponga su nombre. Pero ¿cómo hemos sido llamados?

Pensemos en el episodio de la Samaritana. El Evangelio de Juan¹⁸ nos deja intuir que su encuentro no fue casual; Jesús decidió recorrer el camino más difícil para ir desde Jerusalén hasta Galilea, el que pasaba por el desierto, en pleno territorio de Samaria –recorriendo un camino que no convenía a los judíos, pues consideraban impuros a los samaritanos–, para llegar al pozo de Jacob a una hora en la que no iba nadie (era casi mediodía, hacía un calor sofocante y la gente se resguardaba a la sombra en sus casas) a excepción de esta mujer, que sabía que era considerada “moralmente discutible” y por eso trataba de evitar posibles encuentros embarazosos. Tal vez surja la duda de que lo que pasó fue solo un accidente que podría no haber ocurrido, pero no fue así. Le sucedió a ella porque así lo quiso Jesús. Hizo todo ese camino para llegar hasta allí a esa hora, porque quería encontrarse justo con ella.

¡Esa es la cuestión! Este encuentro dio inicio a una vida nueva, de tal modo que todo aquel barullo de confusión y de mal en su pasado entraba a formar parte de un designio de bien que empezaba a tomar forma, a tener un sentido que se identificaba con el rostro y con las palabras de ese hombre que ella tenía delante. Podemos imaginar lo que sintió esa mujer al darse cuenta de quién tenía delante, descubriéndose inesperadamente querida, deseada, amada –usemos esa palabra que tanto le gustaba a don Giussani: “mendigada”– por el Mesías, Cristo, el destino, Aquel para el que está hecho nuestro corazón y al que esperamos desde siempre, consciente o inconscientemente.

Hoy nos pasa lo mismo a nosotros a través del encuentro con el movimiento dentro de la realidad de la Iglesia. Si tú estás aquí es porque has sido elegido, llamado por tu nombre. Pienso en muchos testimonios que he escuchado este verano (algunos los podéis leer en *Huellas*)¹⁹. Pero, de todas formas, su historia es también nuestra historia, la de todos los que estamos aquí, aunque con formas y matices distintos.

¹⁴ Francisco, «Que arda en vuestros corazones...», op. cit., pp. 10, 19.

¹⁵ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 65.

¹⁶ Jn 17,18.

¹⁷ Cf. Mt 9,9.

¹⁸ Cf. Jn 4,5-42.

¹⁹ «Llamados, es decir, enviados», *Huellas*, n.9/2024, pp. 22-31.

Hemos sido llamados –pienso también en los que están aquí por primera vez– a través de un encuentro en el que hemos podido experimentar una mirada tan imposible como deseable en nuestra vida; una mirada por fin humana, un amor gratuito e inmerecido a nuestro destino, a nuestro rostro. Ninguno de nosotros ha hecho nada para merecerlo. Si la persona o personas que hemos conocido se han convertido en un “encuentro” para nosotros es porque las hemos visto comprometidas con las cosas de todos de una forma distinta; hablando, trabajando, comiendo, bebiendo, nos han hecho percibir una diferencia cualitativa, algo que corresponde a nuestra sed de significado y de amor.

Esta diferencia es un don que se ofrece al mundo. Nosotros, claramente frágiles y limitados como somos, no tenemos nada más que ofrecer que lo que ya hemos recibido (como decíamos al final del manifiesto que publicamos hace unos días sobre la terrible tragedia de Paderno Dugnano)²⁰, es decir, no tenemos nada que sea nuestro, que venga de nosotros. La fuente de nuestra diferencia, de nuestra presencia distinta y que construye en el ambiente es –usando una expresión del papa Francisco– una «fidelidad creativa»²¹ a un encuentro, a una fuente, a un don del Espíritu. Y esa fuente vive en un lugar y en una historia: nuestra comunión en Cristo. Nuestro amigo Carras lo repitió hasta su último respiro: puedes ser el más agudo y sensible de todos, el más inteligente, el más “carismático”, pero si te separas de la fuente acabas siendo un disco rayado que se repite hasta el infinito. Es una tentación en la que podemos caer todos, sin excluir a nadie.

2. UNA COMUNIÓN VIVIDA

Hemos sido llamados a través de un encuentro humano que nos ha introducido en la vida del Cuerpo de Cristo, en una comunión que forman los que –dice Giussani– han sido «elegidos para ver, que aceptan mirar, que escuchan como pueden, que caminan con fatiga, que hacen lo que pueden siendo todos pecadores, pero amados por el Misterio»²².

Nosotros también hemos sido elegidos para ver, y hemos tenido que aceptar mirar. De hecho, nada sucede sin nuestra libertad. Hasta en el reconocimiento de un amor que se recibe se pone en juego nuestra libertad; sí, una libertad movida por la potencia de la sobreabundancia, del atractivo, porque en caso contrario sería incapaz de dar un paso, pero siempre debe ponerse en juego. Pero atención, no basta con decir «sí» una sola vez. Igual que Pedro cuando Cristo le pregunta por su amor tuvo que repetir su «sí» hasta tres veces, no solo una, del mismo modo tenemos que repetir cien veces, mil veces, todos los días, nuestro sí a Su amor. «¿Tú me amas?».

Cuántas veces nos escandalizamos diciendo: «He tenido un encuentro, pero me siento bloqueado». Pero nuestro «sí» debe volver a suceder continuamente y debe llegar a ser cada vez más consciente. Aquí cada uno tiene que asumir una responsabilidad que muchas veces queremos eludir, por comodidad o pereza. El nuestro es un «sí» cargado de razones, aunque estemos en tinieblas. En efecto, aunque “no veamos” suceder ahora lo que ya nos ha sucedido, eso no significa que no esté sucediendo. También puede pasar que, «después de tres años de emoción», te encuentres viviendo «tres meses de aridez, treinta años de aridez», como dice Giussani en un pasaje del *¿Se puede (verdaderamente) vivir así?* que en ciertos momentos ha sido un gran consuelo para mí. «En esos momentos es la memoria del pasado, la memoria de tu historia —lo que pasó en tu vida, lo que hiciste a raíz de lo que te pasó—, es una memoria histórica lo que te salva; y te salva el resultado de esa memoria histórica que es la compañía que te rodea. No tienes la misma emoción que tuviste en otro momento hacia el contenido de la memoria y hacia la compañía, pero allí los tienes [...]. Os aseguro que al cabo de tres años de emoción, tres meses de aridez, treinta años de aridez, tres meses de “re-emoción”, o de remoción de lo que entorpecía tu conmoción, en un momento dado: puf, la ola rompe lo que tapaba el agujero, lo abre y entra en mar abierto inundándolo todo»²³, y entonces vuelves a ver.

Por tanto, el encuentro con Cristo sucede hoy cuando das con una comunión de personas que están ligadas a Él, que forman parte de Él. La comunión, la

²⁰ «El mal y un amor que salva», 18 de septiembre de 2024, *clonline.org*.

²¹ Francisco, *Discurso a los miembros de la Comisión Teológica Internacional*, 24 de noviembre de 2022.

²² L. Giussani, *A través de la compañía de los creyentes*, Encuentro, Madrid 2021, p. 48.

²³ Cf. L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, Bur, Milán 2016, pp. 470-471.

unidad de los creyentes, la Iglesia es su Cuerpo, es el método que Dios ha elegido para seguir presente en la historia. Si alguna vez esto puede resultarnos extraño, si podemos verlo como algo lejano, sin consecuencias en nuestra vida, es porque previamente hemos reducido, de forma más o menos consciente, el significado que tiene esta comunión; no la reconocemos como el misterio de Cristo, el hecho de Cristo presente. Sin teorizarlo y tal vez sin darnos cuenta siquiera, hemos arrojado a Cristo fuera de la historia, cediendo a alguna forma de espiritualismo o de escatología en la que Cristo ya no es una presencia y es ajeno al aquí y ahora. La relación con Cristo se concibe entonces como algo individual y la compañía queda reducida a una muleta sociológica que mis amigos me pueden ofrecer cuando lo necesite. En cambio, para Giussani, el camino de la fe pasa a través de un encuentro humano y de la inmanencia en la comunión que es su Cuerpo en la historia. Cristo no es una idea abstracta, ni un ideal que nos imaginamos, sino una presencia que se hace visible y tangible en nuestra unidad, que podemos seguir, a la que pertenecer, que se convierte en el lugar que nos ofrece unos criterios y una sensibilidad para juzgarlo todo. Por eso hablamos tanto de juicio en comunión.

La experiencia de la comunión entre nosotros y en la Iglesia es lo que nos hace maduros en la fe. Si para la mentalidad habitual, que a menudo también es la nuestra, crecer es ganar autonomía, independencia, en el cristianismo es lo contrario; cuanto más caminamos, más descubrimos que toda nuestra consistencia está en pertenecer a su Presencia, que la verdad de nosotros, de nuestra vida, de este instante está en una dependencia reconocida y vivida de Cristo, del misterio de Cristo, del misterio de la comunión que es su continuidad en la historia. «He aquí la *paradoja*: la libertad es depender de Dios»²⁴, dice la frase de *El sentido religioso* que hemos elegido este verano como lema para las vacaciones de nuestras comunidades.

A este respecto, quisiera citar un pasaje de la Biblia, la lucha de Jacob con el ángel. La historia es conocida, pero de todas formas os invito a releerla. Jacob obtiene la primogenitura de su padre Isaac mediante el engaño. Aunque sabe que el Señor mantiene siempre su promesa, su corazón no está en paz, así que se aleja. Al cabo de muchos años decide vol-

ver a la tierra que se le había prometido y se encuentra con que tiene que atravesar el torrente de Yaboc. Después de hacer pasar al otro lado a su mujer, sus criadas, sus hijos y sus bienes, Jacob se dispone a cruzar. Pero se encuentra frente a un extraño personaje que empieza a luchar con él.

Aquí está la gran cuestión, en la que, a mi parecer, radica el drama del tiempo que vivimos: el reconocimiento de la pertenencia a Dios, la conciencia de ser “suyos”. Jacob lucha con el ángel y Dios le dice: «¡Has vencido!», lo que es paradójico porque a nuestros ojos Jacob sale derrotado. El ángel le disloca la pierna, quedará cojo para toda la vida. Entonces, ¿por qué ha vencido? Por un motivo que se aclara cuando Jacob, antes de dejar marchar al ángel, le pide que le bendiga y él le pregunta por su nombre. Entonces Jacob pronuncia su nombre y el ángel le otorga un nombre nuevo: «Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido». Israel significa de hecho “el que luchó con Dios”. El relato continúa: «Jacob, a su vez, preguntó: “Dime tu nombre”. Respondió: “¿Por qué me preguntas mi nombre?”. Y le bendijo»²⁵. En la tradición judía, decirle a alguien tu nombre significa en cierto modo entregarte a él, establecer una alianza, darle al otro el derecho y el poder de llamarte en busca de ayuda. Revelar tu nombre, en definitiva, es como decir: «Soy tuyo, de ahora en adelante te pertenezco, soy de los tuyos». Y cambiar el nombre, como hace Dios con Jacob, es aún más que eso. Si saber tu nombre implica poseerte, ser yo quien te da un nombre implica poseerte “al cubo”. Es como decir: «Tú me perteneces». Aquí empezamos a entender. Dios no le dice a Jacob cuál es su nombre, al contrario, Él le da un nombre nuevo. Así es como si le dijera: «Sí, has vencido, pero tu victoria no consiste en “poseerme”. Consiste en volverte mío, en volverte consciente de que me perteneces, mejor dicho, en que aceptes por fin abandonarte a mí, depender totalmente de mí». Él, que vivía el drama interior de haber obtenido con engaño la promesa de Dios, después de una larga lucha, pasa por fin de la autonomía a la pertenencia, ya es totalmente de Dios y por tanto queda marcado, herido en su orgullo y en su inteligencia por ese Dios que, de este modo, le hace definitivamente Suyo.

²⁴ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023, p. 152.

²⁵ Gén 32,29-30.

Pienso en cuántas veces, para nosotros, sería humanamente incomprensible un hecho dramático o doloroso (hasta el punto de hacerte decir: «Señor, ¿por qué no me quitas este peso?») en la relación con un Dios que nos ama; sería incomprensible si no fuera la forma misteriosa a través de la cual somos conducidos a una familiaridad más profunda y amorosa con Él, a sentir aún más necesidad de Él. Entonces, como Jacob, en cualquier situación de la vida, tú vences si te dejas vencer por la gran Presencia que ha salido a tu encuentro, por Dios hecho hombre. ¿Y qué es lo que ganas? Ganas su amor. Mejor dicho, vences, obtienes esa libertad nueva y verdadera que consiste precisamente en vivir rendido ante el amor gratuito de Otro; tu consistencia ya no está en lo que sabes ni en lo que haces, sino en el amor gratuito de Otro, gratuito hasta el perdón. Cristo te ama, sí, pero si no aprendes a abandonarte a ese amor, a rendirte a ese amor, es como si no pudieras percibirlo, reconocerlo, experimentarlo realmente.

Lo que nos libera es el amor de Otro. Nos libera del chantaje del reconocimiento del mundo porque ya hemos sido reconocidos por el único amor de nuestra vida. Ese amor, reconocido, aceptado, es lo que nos hace protagonistas de la historia, como le pasó a Bernadette (espero que muchos de vosotros hayáis leído *La canción de Bernadette* de Franz Werfel, que se propuso como “libro del mes” el pasado abril). Es una figura que siempre me ha fascinado y es una santa importante para nuestro tiempo, pues tiene mucho que decirnos. El 11 de febrero de 1858 (entre paréntesis, recuerdo que el 11 de febrero también es el día del reconocimiento de la Fraternidad de CL), cuando se le aparece la Santa Virgen en la gruta de Lourdes, Bernadette es una niña de catorce años con serias dificultades en su aprendizaje escolar (hasta el punto de que ella misma se consideraba estúpida). Estamos en la Francia posterior a la Revolución francesa, en un clima racionalista. Las “fábulas” religiosas ya se consideraban superadas. A diferencia de lo que se habría podido esperar, en ese contexto cultural, la Virgen elige como “embajadora” a una niña totalmente alejada de un modelo de capacidad persuasiva o dialéctica. Y esa niña ignorante pone patas arriba a Francia entera.

Desde el momento en que comienzan las apariciones, Bernadette empieza a decir cosas más grandes que ella misma. Muchos, al principio, no la creen, pero ella las sigue diciendo, y lo hace por un motivo; por amor, porque ha encontrado el gran amor de su vida. Cuando una persona encuentra el gran amor de su vida se siente inmediatamente libre; libre del juicio de los demás, del juicio de sí misma, de esa necesidad –que normalmente nos atrapa– de reconocimiento, del chantaje de sentirse valorada por los demás. Cuando aquellos que no creen en las apariciones le piden que los convenza (como por ejemplo la maestra de novicias, que casi le implora: «¡Oh, de qué atrocidades sufrimientos me libraría si pudiera convencermel!»²⁶), Bernadette responde cándidamente: «No me han pedido que me crean, me han pedido que lo diga»²⁷.

Esto tiene que ver con nosotros, hoy. Un juicio libre ante el mundo, ante la realidad, solo puede nacer del reconocimiento de un juicio de valor, de bien; de la estima por uno mismo que viene de Alguien que nos ama infinitamente y a quien amamos por encima de todo. Esa libertad es una forma del céntuplo: «No hay nadie que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, que no reciba ahora, en este tiempo, cien veces más –casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones– y en la edad futura, vida eterna»²⁸. Nosotros hacemos nuestros gestos, ponemos en marcha centros culturales, construimos el Meeting y otras muchas obras, por el reconocimiento de ese amor por nosotros. De lo contrario, sería un esfuerzo inhumano y tarde o temprano nos cansaríamos.

3. LA MISIÓN COMO DIMENSIÓN DE LA VIDA

¿Cuál es el siguiente paso que hay que dar? Giusani lo indica en el libro recién publicado *Una rivoluzione di sé. La vita come comunione (1968-1970)*: el nuevo paso es tomar conciencia de que lo que me ha sucedido, de que el Hecho con el que me he encontrado, que ha entrado en mí, es la verdad más pro-

²⁶ F. Werfel, *La canción de Bernadette*, Palabra, Madrid 2023, p. 501.

²⁷ Esta es la frase pronunciada por santa Bernadette, citada en François Trochu, *Bernadette Soubirous*, Marietti 1820, Génova-Milán 2013, p. 255; en la novela de Werfel aparece citada de otra forma distinta y parcial: «Pero yo nunca he pretendido que usted me crea» (F. Werfel, *La canción de Bernadette*, op. cit., p. 348).

²⁸ Cf. Mc 10,29-30.

funda de mí mismo. «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí»²⁹, como dice san Pablo. Se trata de un cambio en la manera de concebirse uno mismo, una conciencia de sí nueva. «Significa –dice Giussani– que la autoconciencia que tengo me incorpora a Cristo y al conjunto de los que él ha elegido, al misterio de la Iglesia, de esta *unidad real en la historia*»³⁰.

En otro texto don Giussani afirma: «La fuerza del sujeto radica en la intensidad de su autoconciencia, es decir, de la percepción que tiene de los valores que definen su personalidad. Pero estos valores fluyen al yo desde la historia vivida a la que el mismo yo pertenece. La genialidad radical del sujeto reside en la fuerza de su conciencia de pertenencia»³¹.

El que vive con esta conciencia de sí transforma, tiende a transformar todo lo que hace, no puede no cambiar su manera de vivir, las relaciones que tiene. Poco o mucho, pero inevitablemente transforma la acción que realiza y tiende a crear algo nuevo en el mundo, aunque sea de forma infinitesimal, un milímetro cada vez. Cambian los criterios de juicio y de acción. A propósito de esto, el cardenal Pizzaballa decía algo precioso en el Meeting: «Ahora debo llevar esta experiencia de la encarnación, de la humanidad de Cristo, del encuentro con Cristo, dentro de la realidad que vivo ahora [...]. Ante todo, para mí personalmente, significa preguntarme continuamente qué me dice Jesús en este momento. Debe convertirse en criterio de lectura de cada situación de dolor, de división, de fatiga, en todos los sentidos, de tal manera que lo que estoy viviendo quede atravesado por esa experiencia que sigue siendo el fundamento de mi vida. [...] Cualquier valoración, cualquier decisión, cualquier opción, cualquier palabra debe ser compatible con esta experiencia, con esta relación, con esta amistad»³².

Esta diferencia, este cambio, esta transformación es lo que llamamos *misión*. De otro modo, lo que hagamos también puede partir de Cristo, del encuentro, de la comunión vivida, pero se limita a ser una afirmación de nosotros mismos, de nuestra obra. Al final, vivimos exactamente igual que todos los demás y nos contentamos con añadir un discurso reli-

gioso. Sin esta nueva conciencia de sí, en definitiva, lo que hagamos no será misión, no hará presente a Otro ni su continuidad en la historia. Ese Otro, Cristo, vinculó su continuidad en la historia con su obra en el mundo, la Iglesia, un misterioso día dialogando con Simón Pedro. «Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará»³³.

Entonces, cuando hablamos de misión, el problema no es, sigue diciendo Giussani en *Una rivoluzione di sé*, realizar una actividad en lugar de otra, sino que «es el compromiso misionero de tu vida, tu compromiso misionero. *Tu vida es una misión* [...]». Si este sentido misionero, producto inevitable de la autoconciencia nueva, no lo tienes en tu casa, con tu mujer y tus hijos, con los amigos o con los colaboradores, no puedes tenerlo en la sociedad o la política, con la cultura o el trabajo. ¡No puedes tenerlo! En sentido inverso, puedes tenerlo allá, si lo tienes en tus relaciones elementales con la vida, allí donde es más duro, por lo menos aparentemente»³⁴. Nuestra amiga Sandrine, que vive en Burundi, decía comentando su experiencia: «La misión se ha convertido en una dimensión normal de mi vida, de mi yo. He empezado a vivirla en mi casa». ¡Esta expresión es preciosa! El hombre nuevo, la «criatura nueva», coincide con su misión, el contenido de su vida es misión.

Pero ¿qué significa esta “conciencia misionera de sí”? Significa desear vivir como Cristo –así es como hemos empezado–, identificarse con Cristo, es decir, vivirlo todo, allí donde estemos, con la «conciencia de estar allí como *enviados del Padre*. ¿Para hacer qué?». Responde Giussani: «Para llevar el hecho de Cristo y, por ello, la comunión cristiana»³⁵. Cristo ha venido a nuestro encuentro, nos ha impactado, nos ha involucrado, para que nuestra vida tenga esta función, quede definida por esta finalidad, por esta tarea.

Entonces, si es cierto todo lo que estamos diciendo, vemos claramente que la misión no es un deber, un añadido, sino la fecundidad de una pertenencia que se expresa allí donde estemos y es el cumplimiento

²⁹ Gál 2,20.

³⁰ Cf. L. Giussani, *Una rivoluzione di sé*, op. cit., p. 179.

³¹ L. Giussani, *El sentido de Dios y el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 2005, p. 151.

³² P. Pizzaballa, «Nada es más real que el encuentro con Cristo», 27 de agosto de 2024, *clonline.org*.

³³ Mt 16,18.

³⁴ Cf. L. Giussani, *Una rivoluzione di sé*, op. cit., pp. 184-185.

³⁵ *Ibidem*, pp. 186, 207.

Ver texto y video

de nosotros mismos; estamos hechos para esto.

Pero la vida como misión siempre implica un riesgo, una iniciativa. No hace falta tener madera para ello, no se requiere un determinado temperamento para lanzarse. La condición necesaria es sencillamente la memoria o la conciencia de que esta comunión vivida es lo que eres, lo que te genera, lo que te hace osado, a pesar de todos tus límites. Esto nos libra del peso de ciertas dificultades o de vivir aplastados por una mentalidad que nos quiere convencer a toda costa de que vivir para Cristo es inútil. Comunión es liberación.

Pero, cuidado –esta es una cuestión importante–, hay que evitar el riesgo de la *espiritualización* de la comunión, según una concepción gnóstica de fondo que es una tentación siempre al acecho, también entre nosotros. La comunión no es una idea que nos sirve de inspiración. La relación con Cristo es relación con su presencia y ser cristianos es seguir esa presencia.

La pregunta entonces es: pero tú, ¿a quién sigues? ¿A quién respondes de lo que vives? ¿Con quién estás en diálogo, cómo entra concretamente la vida de la comunión en lo que es más tuyo, en tu trabajo, en tus relaciones, en tus intereses, y no solo en los gestos del movimiento en los que participas? O respondes a un tú concreto, a un lugar, a una realidad viva donde se hace presente el Tú de Cristo, o bien, con todas tus mejores intenciones, te respondes a ti mismo y basta. Entonces, aunque estuvieras solo viviendo o trabajando en un determinado lugar, aunque fueras el único que vive allí la experiencia cristiana tal como se te ha comunicado, buscarás un punto de referencia para ti, aunque sea una llamada telefónica al otro lado del mundo una vez al mes (como nos contaban algunos amigos en la Asamblea internacional de responsables)³⁶, que te mantenga ligado a esta comunión. No hay «Cristo sin Iglesia»³⁷, es decir, sin Su cuerpo, Su carne, decía Giussani denunciando la reducción del racionalismo moderno, que quiere quitarle a Cristo su humanidad, su historicidad, su concreción. Se trata de vivir la comunión.

Para entender mejor todo esto, le he pedido a nuestro querido amigo Hussam, que se ha conectado con nosotros desde Haifa, que nos cuente su experiencia.

4. CONSTRUIR LA IGLESIA

Hay una última cuestión que os quiero proponer. Para los que han sido tocados por el anuncio de Cristo, como nosotros, alcanzados por su Acontecimiento, no hay más tarea que esta: colaborar en la construcción de la Iglesia. Esta es la única forma que tenemos de hacer nuestra vida útil para el mundo, de colaborar con el bien de la humanidad, con la felicidad de los hombres, con la justicia social. De otro modo, lo que hagamos acabará siendo la enésima mentira, que se sumará a todas las demás.

Cuando en la Asamblea de responsables nuestras amigas ucraniana y rusa intervinieron una después de otra, sin que estuviera preparado, pudimos tocar con nuestras manos, mediante este pequeño gran signo, el hecho de que abrazar la tarea de construir la Iglesia contribuye a la justicia y a la paz en el mundo. Es un hecho imprevisto que el Señor puso ante nuestros ojos para darnos una prueba de que Él puede hacer lo que nosotros no alcanzamos ni siquiera a imaginar con nuestros proyectos. Es decir, es una prueba de que las palabras que el Ángel dirigió a aquella chica de Nazaret, el día más extraordinario de la historia, anuncian una promesa verdadera –¡es verdad!–: «Para Dios nada hay imposible»³⁸. En el corazón sencillo y libre, carente de prejuicios, de esa chica de 15 años llamada María, esta afirmación («para Dios nada hay imposible») desencadenó una confianza sin medida, sin cálculo, que le hizo decir: «Fiat», «Sí».

Construir la Iglesia, construir la comunidad o, usando otra expresión de Giussani, «“dar cuerpo” a la comunión»³⁹, no es una tarea entre otras, sino que es “la” tarea que se realiza en todas las acciones y en todas las relaciones, es el horizonte en el que todo lo que vivimos adquiere su auténtico valor. Todo lo que somos, dice Giussani, queda aferrado y exaltado en esta fórmula: construir la Iglesia, que se corresponde con esta otra: la vida como misión. Es lo mismo.

Lo sabemos; el testimonio de Cristo en el mundo suscita asombro, admiración, gratitud por parte de muchos, pero también oposición, hasta persecución,

³⁶ Véase el testimonio de John Kinder en «Llamados, es decir, enviados», *Huellas*, n. 9/2024, pp. 22-26.

³⁷ L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, Encuentro, Madrid 2022, p. 91.

³⁸ Lc 1,37.

³⁹ Cf. L. Giussani, *Una rivoluzione di sé*, op. cit., p. 68.

como le pasó en primer lugar a Cristo. «Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra»⁴⁰, dice Jesús. El hecho de Cristo juzga la historia y contradice al poder –de otro modo, ¿qué motivo habría para la persecución?–, sea el poder que sea, incluso el poder que hay en nosotros, de hecho ese es el primer poder al que se opone Cristo. Estamos llamados a testimoniar a Cristo en un mundo que se erige en su contra.

En este testimonio hay algo de heroico, debemos ser conscientes de ello. “Heroico”, ¿en qué sentido? Me gustaría retomar una cita impresionante del nuevo podcast de don Giussani: «Si yo te sigo, ¿debo dejarme a mí mismo! Si tengo que seguirte a Ti, debo abandonar mi posición. Por tanto, debo seguirte hasta [...] negarme a mí mismo. Pero la cuestión sigue incompleta. Hay algo más: debo seguirte hasta abandonarme a mí mismo *delante de todos*, porque un sentimiento o una decisión nunca es plenamente verdadera si no estamos dispuestos a mantenerla delante de todos»⁴¹.

Claramente, Giussani no se refiere a cada gesto o cada palabra, sino al *sentimiento de uno mismo* o la *decisión personal* con respecto a la verdad que se reconoce y se afirma. Lo hemos visto conmovedoramente documentado en la exposición dedicada a Franz y Franziska Jägerstätter (*Franz y Franziska, no hay amor más grande*) en el Meeting. Franz fue beatificado en 2007. La exposición se ha servido de la película *Vida oculta* de Terrence Malick, que narra de un modo cinematográficamente genial y sobrecogedor la historia de Franz y su mujer⁴². Pues bien, una de las cosas que destaca Malick en la historia de Franz es la aparente inutilidad de su martirio, una inutilidad que hace que su gesto parezca, a los ojos del mundo, más estúpido que heroico. Franz se niega a apoyar el nazismo y a combatir por la causa de Hitler en nombre de su fe, que va totalmente unida a su amor por la verdad y la justicia (¡no se puede separar a Cristo de la verdad, del bien, de la justicia!), aun sabiendo que de esta manera va a morir. En un momento de la película, hay un diálogo extraordinario entre Franz y un funcionario del ejército que, al no entender su decisión,

le pregunta: «¿De qué sirve tanta testarudez? ¿No pensarás que tu gesto va a cambiar el rumbo de esta guerra?».

El de Franz es un testimonio de fe claro, consciente y profético, pero atención: no es un testimonio solitario. Es personal pero no solitario. Franz no está solo, está sostenido por el amor confiado –jeso es la comunión!– de su mujer, Franziska. ¿Testimonio de qué? De la certeza de que la relación con Cristo cumple la propia vida y la hace verdaderamente útil, contribuyendo a la labor de Dios, que moldea la historia según tiempos y modos que no son los nuestros. Pero este es también el sentido de nuestros intentos, de todo lo que hacemos: que emerja, que se conozca, que se haga visible Cristo en el mundo, sentido y esperanza del vivir.

El martirio, es decir, el testimonio, no solo consiste en llegar hasta la sangre, como en el caso de Franz y tantos otros. El martirio es afirmar que este Tú es la consistencia de uno mismo en todo lo que hacemos. Es la vida como misión, allí donde estemos. Pero ¿cómo es posible? Volvemos aquí al punto de partida, volvemos a la raíz, que es la comunión, la vida cristiana como comunión. De hecho, podemos ser presa del miedo o de la vergüenza, pero –lo repito– no estamos solos. El testimonio no es un heroísmo musculoso. El testimonio es el desencadenarse, sin ningún cálculo ni pretensión, de mi amor a Cristo sostenido por una pertenencia viva a su Cuerpo.

Por tanto, quiero terminar repitiendo la hermosa expresión de monseñor Paolo Martinelli que nos recordaba Hussam: «Ser misionero quiere decir ser enviado por alguien, a alguien, con alguien».

⁴⁰ Jn 15,20.

⁴¹ Cf. *La dichiarazione esplicita*, episodio 5 del podcast de Luigi Giussani «Y vosotros, ¿quién decis que soy yo?», Choramedia, min. 14:45 ss., clonline.org.

⁴² *Vida oculta (Hidden Life, USA-Alemania 2019)*, dirigida por T. Malick.

© 2024 Fraternità di Comunione e Liberazione.

En portada: Masaccio, *San Pedro cura a los enfermos con su sombra*,
fresco, 1425-1427, Iglesia de Santa Maria del Carmine, Florencia.
Foto Scala, Florencia/Fondo Edificios de Culto – Ministerio del Interior.